

CARTA APOSTOLICA “QUAMQUAM, UT IAM AUGUSTINUS ADMONET”^(*)

(25-VII-1954)

EN EL 16º CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE SAN AGUSTIN

A los amados hijos *Fernando Urquía*, Abad General de la Congregación Lateranense del Santísimo Salvador; *Gebardo Koberger*, Abad General de la Congregación de Canónigos Lateranenses de Austria; *Angelino Lovey*, Abad Preósito de la Congregación de los Santos Nicolás y Bernardo de Monte Jove; *Luis Haller*, Obispo Tit. de Belén, Moderador supremo de la Congregación Suiza de St. Maurice de Agaune; *Engelberto Eberhard*, Prior General de los Agustinos Recoletos; *Raimundo G. M. del Santísimo Sacramento*, Prior Gral. de los Agustinos Descalzos.

PIO PP. XII

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica

AAS 1. Dos frutos del centenario: **aprecio**
46 **de la doctrina y de la virtud del Santo.**

513 Aunque, como ya advierte AGUSTÍN⁽¹⁾, la Iglesia no acostumbra celebrar el nacimiento mortal de los Santos —exceptuados la Santísima Virgen y el Precursor de N. S. JESUCRISTO— sin embargo, la excelsa santidad del Obispo de Hipona SAN AGUSTÍN y los fulgores de su saber divino y humanos son tales, que no es posible pasar en silencio su día natal que este año cumple el décimo sexto siglo. Deseamos y confiamos que de vuestra determinación
514 de conmemorar este evento con las correspondientes celebraciones se obtendrán dos frutos saludables: que sea colocada en un plano más luminoso la doctrina de SAN AGUSTÍN, quien, con acérrima perspicacia y agudísima argumentación, no sólo descubrió, deshizo y dispersó todos los errores de su época, sino que también proporcionó inmejorables medios para redargüir y rechazar las falacias de nuestro tiempo; y que su eximia virtud y encendida actividad apostólica sean ejemplo para todos, en primer lugar para aquellos que, ligados por los santos votos, pro-

fesan pertenecer a su descendencia espiritual.

2. El hijo de lágrimas y preces, se vuelve santo y maestro de la doctrina. Después que, por las lágrimas y preces de su piadosísima madre, consejero y protector AMBROSIO, atraído por la gracia divina, había sido llamado a la integridad y unidad de la fe católica, anduvo tan rápidamente por la vía de la perfección evangélica y por el camino de todas las disciplinas, que atrajo sobre sí la admiración y estima de todos. Los Pontífices Romanos le ensalzaron con alabanzas sumas; los grandes Concilios de la Iglesia, antiguos y modernos, usaron sus palabras para declarar y asegurar los dogmas de la Religión católica; los Santos Padres y los Doctores, al defender la verdad cristiana, se acogieron a sus escritos, extrayendo de ellos sentencias eficacísimas y sapientísimas. Y, por citar algunos ejemplos, JERÓNIMO le califica de esta manera: *Tú eres celebrado en el mundo. Los católicos te veneran y te proclaman como el restaurador de la antigua fe y, lo que es señal de mayor*

(*) A. A. S. 46 (1954) 513-517.

(1) Ver *S. Agustín, Sermo 287*, 1 (Migne P.L. 38, col. 1301); *Sermo 292*, 1 (Migne P.L. 38, col.

1320); *Sermo 310*, 1 (Migne P.L. 38, col. 1412-1413).

gloria, todos los herejes te detestan⁽²⁾. En nuestros días Nuestro Predecesor de pía memoria LEÓN XIII, al tratar de los Santos Padres que ilustraron la Iglesia con sus doctrinas, así escribe: *...parece que a todos arrebató la palma Agustín, aquel genio poderoso que, penetrado a fondo de todas las ciencias divinas y humanas, combatió gallardamente todos los errores de su época con gran fe y no menos doctrina. ¿Qué punto de la filosofía no ha tocado? Mejor dicho ¿en cuál no ha profundizado, lo mismo al explicar a los fieles los más altos misterios de la fe que al defenderlos contra los rudos ataques de los adversarios?... ¿Cuánto no escribió sutilísimamente acerca de los ángeles, del alma, de la mente humana, de la voluntad y del libre albedrío, de la Religión y de la vida bienaventurada, del tiempo y de la eternidad, de la naturaleza misma de los cuerpos mudables?*⁽³⁾.

515 Nuestro inmediato antecesor de memoria imperecedera, Pío XI, con ocasión del décimo quinto centenario de la muerte del Obispo de Hipona, publicó una *Encíclica* exaltando la suma sabiduría de AGUSTÍN, sus grandes méritos y gestas, *al que por la fuerza de su agudísimo ingenio, como él escribe, por la amplitud y profundidad de sus conocimientos, por la santidad llevada a un grado tan sublime, por la invicta defensa de la verdad católica, casi ninguno o muy pocos hay que puedan comparársele, desde el principio del mundo hasta nuestros días*⁽⁴⁾.

3. Leer sus escritos y rezar con él. Si para todos es utilísimo meditar la vida de SAN AGUSTÍN y leer con frecuencia sus escritos, creemos que es particularmente oportuno para aquellos que yacen míseramente atados por el pecado, y desean con vehemencia verse librados finalmente del mismo.

(2) S. Jerónimo, *Epístola* 195 (Migne P.L. 33, col. 891) CSEL 57, 215, 6s.

(3) León XIII, *Encíclica Aeterni Patris*, 4-VIII-1879; *Acta Leonis XIII*, vol. 1, pág. 270; A. S. S. 11 (1878/79) 369; en esta Colección: *Encicl.* 33, 8, pág. 237, 2ª col.

(4) Pío XI, *Encíclica Ad salutem*, 20-IV-1930;

Parece como si les dirigiese las palabras que un tiempo dirigía al pueblo a él encomendado: *Mientras se vive aquí abajo, hermanos míos, es así: nosotros que somos ya viejos en esta batalla, tenemos menos enemigos, pero todavía los tenemos... La batalla de los jóvenes es más áspera, nosotros la conocemos, hemos pasado por ella... Mientras lleváis ese cuerpo mortal, combate contra vosotros el pecado, pero que no os domine. ¿Qué quiere decir que no os domine? Que no se debe obedecer a sus deseos. Si empezáis a obedecerle, él domina. Y ¿qué significa obedecer, sino prestar vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad? ...No quieras prestar tus miembros al pecado como instrumento de iniquidad*⁽⁵⁾.

Aquellos que, traídos antes por los encantos de los pecados se encontraban como encadenados, al conseguir finalmente romper los vínculos, pueden repetir, dirigiéndose a Dios humildemente, estas bellísimas palabras de AGUSTÍN: *Y así Vos siempre estabais junto a mí castigándome misericordiosamente y rociando de amarguísimos sinsabores todos mis placeres ilícitos, para que así buscara el goco sin contrariedad y no pudiera encontrarlo fuera de Vos ¡oh Señor!*⁽⁶⁾. Y la tan conocida frase: *Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti*⁽⁷⁾.

4. Los que vagan por el error con hambre de verdad. Ni es menos útil meditar con ánimo atento los escritos del Obispo de Hipona para aquellos que vagan por los caminos del error lejos de la doctrina católica, pero tienen hambre y sed de la verdad. A todos éstos les consuela AGUSTÍN con aquellas amantísimas palabras: *Ensáñense contra vosotros los que no saben con cuánta fatiga se descubre la verdad y con*

A. A. S. 22 (1930) 233; en esta Colección: *Encicl.* 150, 28, pág. 1230, 2ª col.

(5) S. Agustín, *Sermo* 128, cap. 9-10, n. 11-12 (Migne P.L. 38, col. 719).

(6) S. Agustín, *Confessiones*, lib. II, c. 2, n. 4 (Migne P.L. 32, col. 676-677; CSEL 33, p. 31, 33).

(7) S. Agustín, *Confessiones*, lib. I, c. 1, n. 1 (Migne P.L. 32, col. 6661; CSEL 33, p. 18).

qué dificultades se evitan los errores... pero yo, que, después de un largo y tremendo esfuerzo pude, llegar al conocimiento de aquella verdad que se percibe sin mezcla de vanas fábulas... que finalmente todas esas fantasías, que os tienen agarrados y maniatados por una larga costumbre, busqué con curiosidad, escuché con atención y creí temerariamente... no puedo ensañarme contra vosotros⁽⁸⁾. Y con benevolencia suma y caridad les exhorta a que dirijan el ánimo confiado a Aquel, de quien únicamente puede venir la luz a las inteligencias, y a quien pedirán la verdad rogando modestamente: *Ve a Cristo, dice él, allí se encuentra tu fin: fuera de allí, el camino*⁽⁹⁾. Y quienquiera abandona su principio y se aleja de su Creador, cual río en el mar, precipita en la malicia amargante de este mundo⁽¹⁰⁾. En otro lugar movido por una conmiseración profunda hacia los que, captados por los fugaces resplandores de la doctrina vacía, solamente prestan fe a las palabras de la humana sabiduría y no apetecen otra cosa, se expresa así: *¡Infeliz, en verdad, el hombre, que sabiendo todo, te ignora a ti, Dios y Señor mío: feliz, en cambio, quien te conoce a ti y a aquellas; no es más feliz por causa de aquéllas, sino únicamente es feliz por ti, si conociéndote, te glorifica como Dios, te da gracias y no devanea en sus discursos*⁽¹¹⁾.

5. El preclaro Newman y los consejos de Agustín. Leyendo con ánimo atento éstos y otros escritos del Obispo de Hipona, principalmente los que tratan de la universalidad o *catolicidad* de la Iglesia, de tal modo fue conmovido aquel preclaro varón y acérrimo investigador de la verdad, HENRY NEWMAN⁽¹²⁾, que rechazadas todas las opiniones prejuzgadas, con el grande y sincero ánimo que poseía, se refugió

en forma espontánea y con agrado en el único rebaño de Jesucristo.

Si para los errantes y para los que se encuentran atados por los lazos de las culpas es AGUSTÍN un excelente maestro y exhortador, para aquellos que, como vosotros, tienden con pronto y estudioso ánimo a la perfección evangélica de la vida, el Obispo de Hipona se presenta como el ejemplar al que hay que imitar férvidamente. No bien, abandonados los derroteros del error y del pecado, se situó en el recto camino de la verdad y de la virtud, corrió con paso tan apresurado que llegó al ápice de la santidad y nada tan ardientemente deseaba como amar a Dios y unirse a El estrechísimamente. Expresaba estos consejos como dados a sí mismo: *No... has sido llamado a abrazar la tierra, sino a conseguir el cielo; no has sido llamado a la felicidad terrenal, sino a la celestial; no a las conquistas temporales y prosperidad voluble y transitoria, sino a la vida eterna con los ángeles*⁽¹³⁾. Y hace notar lo expresado con tan bellísimas palabras: *Con el fin de ser algo, el hombre se dirige a Aquel que le creó. Alejándose se enfría; acercándose se enfierece; alejándose se oscurece, acercándose se ilumina. De quien recibe el ser, en él encuentra el ser bien*⁽¹⁴⁾.

6. Especialmente para los religiosos.

Estas sentencias que para todos pueden ser saludables, lo deben ser principalmente para los que, por el tenor de vida abrazado, han de vivir de manera que, amando, rezando y obrando, se unan cada día más íntimamente a Jesucristo y, fortificados e impulsados por esta amistad y gracia divina, atraigan a los demás, en gran número, en la medida de sus fuerzas, hacia El, sea con la exhortación, sea con la acción hábil y el ejemplo de la resplandeciente virtud propia de cada uno.

(8) S. Agustín, *Contra Epist. Manicæi, que llaman fundamenti*, c. 2-3, n. 2-3 (Migne P.L. 42, col. 174-175; CSEL 25 p. 194, 13ss).

(9) S. Agustín, *X in Epist. Joann.* 5 (Migne P.L. 35, col. 2057).

(10) S. Agustín, *Enarrationes in Ps.* 113; Sermo 1, n. 7 (Migne P.L. 37, col. 1479).

(11) S. Agustín, *Confessiones*, lib. V, c. 4 (Migne P.L. 32, col. 708; CSEL 33, p. 93, 20).

(12) Ver Cardenal Henry Newman, *Apología*, ed London 1890, pág. 116-117.

(13) S. Agustín, *Sermo* 296, c. 6, n. 7 (Migne P.L. 38, col. 1356).

(14) S. Agustín *Enarrationes in Ps.* 70, Sermo II, n. 6 (Migne P.L. 36, col. 896).

A vosotros, pues, en primer lugar ofrece AGUSTÍN la invitación y el ejemplo de santidad que seguir e imitar; a vosotros, Nos referimos, que habéis abrazado la forma de vida evangélica y común —adaptada naturalmente a nuestros tiempos y ajustada a las peculiares instituciones y prescripciones de cada una de vuestras familias religiosas— que él propuso al clero de su diócesis con frutos tan ubérrimos y con normas sapientes por él dadas.

Sean éstos los saludables frutos, que deseamos y pedimos a Dios con insistente ruego, de la celebración de este centenario, los que el Obispo de Hipona os obtenga a todos vosotros con su

patrocinio y haga más copiosos continuamente por la gracia divina.

7. Bendición Apostólica. Entre tanto sea auspicio de esta divina gracia y prueba de Nuestra paternal benevolencia la Bendición Apostólica que a vosotros, amados hijos, y a todas las Sociedades Religiosas, encomendadas a vuestro cuidado, de todo corazón en el Señor damos.

Dada en Roma, junto a San Pedro, el día 25 del mes de Julio del año 1954, décimo sexto de Nuestro Pontificado.

PIO PAPA XII.